

de la fe y del amor, que triunfa de los sufrimientos que le acompañan en esta vida. El asunto ha sido tratado en todos tiempos, y sin embargo, ¡cuánta novedad se advierte aquí! Con los medios más sencillos y triviales, el poeta sabe remontarse á la más alta concepción de la vida: ¿qué es ésta sin el amor, su forma universal? Nada. Además, ¡qué moralidad! Un poeta vulgar hubiera pedido y consumado el suicidio, con escándalo de la razón y de las gentes de buen vivir; éste, al contrario, comprendiendo mejor las exquisitas fuentes de la vida y cuál es la naturaleza humana, termina por el arranque magnífico de un corazón realmente apasionado:

*Decid al tiempo, Señor,
que no me arranque este amor,
que es arrancarme la vida.*

Mucho más pudiéramos decir sobre esta preciosa dolora; pero lo indicado basta para que el lector, con sus propios conocimientos, pueda apreciar verso por verso todas sus bellezas de fondo y de forma.

L. — *Los dos espejos.*

La forma por sí constituye una gran parte de la belleza. En poesía, como en pintura y escultura, debe haber ciertas leyes de proporcionalidad si se aspira á conseguir en la obra un carácter grandioso. Ni la estatua de la Baviera de Rauch ó el coloso de Rodas, ni las graciosas figuritas de Pradier son el verdadero arte escultural, como tampoco el Prometeo de Rivera, ni los diminutos cuadros ó miniaturas son la expresión genuina de la pintura. Esto por regla general; mas las Parcas y las Niobes, la Venus de Milo y el Apolo de Belvedere, el Pasma de Sicilia y la Toma de Breda serán siempre tipos de composición, basados sobre los más perfectos modelos de nuestra propia naturaleza. Verdad es que la poesía lírica, aunque parecida á las anteriores, no tiene un punto de partida tan preciso y seguro para determinar la debida y armónica proporción de sus obras; sin embargo, cuando se estudia atentamente á Horacio, Fr. Luis de León y otros grandes maestros, que admiramos todos cada vez más, á pesar de los siglos transcurridos, vemos el tino con que procedieron dejándonos modelos acabados en la *ponderación* conveniente de las formas; pues parece que, como guiados por su exquisito gusto, acertaron con la ley ó regla de proporcionalidad que deben tener en su desarrollo los géneros más selectos de la poesía lírica.

Estas sucintas observaciones son aplicables aquí al poeta. Él nos presenta buenos modelos de lo que debe ser una dolora, como puede verse en *Glorias de la vida*, *Adiós para siempre*, *Porvenir de las almas*, *Vivir es sufrir*, etc.; mas no así en *La comedia del saber*, *Todo es uno y lo mismo*, y otras, faltas de elegancia, á nuestro parecer, por su demasiada extensión, que atenta al equilibrado conjunto de la forma, asimilando la composición á otros géneros que tienen su categoría especial y formal, llámese elegía, sátira ó epístola. Por otro extremo, y en contraposición á las citadas, hallamos: *Cosas del tiempo*, *Todo está en el corazón*, *Amor y gloria*, *Muertos que viven*, *El mayor castigo*, *Los celos causan olvido*, *Los dos pecadores*, *Nunca olvida quien bien ama*, que pueden considerarse más como apotegmas ó epigramas que como doloras.

LIII. — *Todo es uno y lo mismo*

En esta composición, como en otras, habrá notado el lector el empeño en hacer pasar al dominio de la poesía ciertas conclusiones de la filosofía alemana de Hegel, y de Fichte sobre todo. No aplaudimos tal propósito, el cual, si hubiera de imitarse, daría malos resultados para el arte, encaminado por esta senda, más bien á probar tesis difíciles de metafísica, que á levantar nuestros más nobilísimos sentimientos y pasiones hacia un ideal puro de perfección y de grandeza. El arte prueba de diverso modo que la filosofía. Siendo el fin uno, los medios difieren mucho, ó son, cuando menos, muy poco perceptibles sus analogías para la mayor parte de los lectores. En fin, con estos ensayos la filosofía no progresa y la poesía padece. Tal es nuestro modo de ver en la materia. Aparte de esto, se puede gustar aquí la gracia y chiste de la exposición, lo acertado y malicioso de las reflexiones y sentencias, y en general, la facilidad y tersura de la rima.

LIV. — *Amor y gloria.*

No aceptamos el pensamiento. Esto será llevar el desprecio ó el escepticismo hasta sus últimas consecuencias. El amor y la gloria son los móviles más poderosos á que obedecemos, y por consiguiente, los generadores de cuanto grande hay en la vida, cuando estas dos pasiones van noblemente encaminadas. El arte, pues, debe tender siempre á fomentar y levantar las más bellas porciones de nuestro espíritu y de nuestros sentimientos. Este es su rico venero; lo contrario sería matar la poesía. Aparte de esto, ¡qué décima tan épica, por decirlo así, y cómo trae á la memoria el estilo grandioso de Calderón!

LV. — *Nunca olvida quien bien ama.*

Feliz conclusión: no es posible un pensamiento más apasionado, más triste, más desgarrador. Perdonar á todo el mundo menos á la que se ama, es una idea bella, expresada con una concisión y energía admirables. ¡Qué conocimiento del corazón humano y de nuestra naturaleza! Para un alma cristiana podrá ser esta confesión motivo de escándalo; y sin embargo, ¡cuántos, víctimas de una pasión en lo más florido de su edad, habrán hecho lo mismo! No sé qué hay de singular en esta conclusión, que, á pesar de la amenaza, el cariño va á ser más profundo y porfiado en la otra vida. A pesar de tanta belleza en el pensamiento, repetimos lo dicho en *Los dos espejos*.

LVI. — *Músicas que pasan.*

Si fuera necesario fijar qué fondo, qué forma y qué empeño debe tener toda composición lírica para agradar ó ser perfecta, nunca nos entenderíamos ni consiguiéramos nuestro deseo. La retórica y la poética no resuelven la cuestión, y eso que somos los primeros en estimar su importancia y utilidad. Lo vago, lo indeterminado, un no sé qué singular, que se siente y no puede explicarse por las reglas más comunes de la crítica, constituyen ó componen á veces una obra de arte. Tal acontece á esta dolora, que participa

de los modos secretos y misteriosas penumbras de la música. Puede asegurarse que no hay aquí, en rigor, pensamiento deliberado, ni plan, ni fin concreto; y sin embargo, ¡qué alegría, qué movimiento, qué tristeza! ¿y por qué? ¡Porque las músicas vienen y se van! «¡Qué tontería!» dirán algunos; «¡qué belleza!» dirán los más. Para mí es claro el sentido de esta dolora, pues representa el drama entero de la vida. Los años vienen, los años se van, las ilusiones se acercan... ¡cuán rápidas huyen! Un mundo de flores que avanza á nosotros, es yermo de abrojos que queda detrás. Toda, toda la vida es una música inefable de armonía cuando viene, y un triste concierto de melancólicas y discordantes notas cuando se va. Mi amigo Goñi, organización delicada y por demás impresionable y triste, ¡cómo habrá sentido el efecto de esta composición, de una belleza vaga y de una melancolía inexplicable!

LVIII. — *Las dos linternas.*

Según se deduce de varios pasajes, el carácter de Diógenes ha ejercido alguna influencia en el autor, lo cual no podemos explicarnos siendo ambos tan diferentes. Podríamos penetrar, no obstante, en esta cuestión fisiológica, y rastrear algo del cómo se dejan influir á veces las imaginaciones vivas sin darse cuenta razonada; pero no es de este lugar disertación semejante. La creencia en el poeta de que su linterna es blanca, no pasa de ser una ilusión suya, pues, aunque con distintos modos, tan negra es como la del otro. ¿No son en su mayor parte las doloras de un fondo triste, melancólico y hasta sombrío? ¿No ha buscado el amor, la ciencia, la felicidad, la gloria y la fortuna, y no las ha encontrado en ninguna parte? ¡Ah! ¡Cómo nos engañamos! ¡Y luego nos asegura que su linterna es blanca! Mi amigo, el ilustrado catedrático Laverde Ruiz, no debe estar muy convencido de la tesis aquí sostenida, por ser inexacta. ¿No hay sobre las gafas particulares el telescopio y el microscopio, que penetran y descubren los dos polos ó regiones del mundo visible é invisible? ¿No está sobre lo particular lo general? ¡Ah! ¡Pobre humanidad, si todo fuera nada más que según el color propio del cristal de cada uno!

LIX. — *Los dos pecadores.*

Insistimos en que la dolora no se debe llevar hasta una décima; forma estrecha, si no mezquina, para el desarrollo y justas proporciones de una obra de arte. Prescindiendo de esto, el pensamiento y la ejecución corren aquí parejas, sin subordinación ninguna entre ambos. Recomendamos el sutil ingenio con que está expuesto y desempeñado el asunto, algo paradójico á nuestro parecer, y la valentía de los dos versos finales.

LXIII. — *La metempsicosis.*

El pensamiento de esta composición tiene, como es sabido, su raíz en la India, de donde lo importó á su manera Pitágoras en Grecia. Considérese como quiera tal sistema, no es más que un imperfecto embrión de la idea de inmortalidad. Estas metamorfosis tenían un término de purifica-

ción, el cual cumplido, se pasaba á gozar de un descanso ó bien superior. El poeta es aquí más duro, pues nada nos dice del término de reposo y felicidad, y acepta, al parecer, una metempsicosis continua y eterna, en la cual, variar de destino, *sólo es variar de dolor*. ¡Terrible conclusión en el sentido moral, y no cierta considerada literalmente!

El *Cosmos* es una soberbia armonía en su conjunto, y en sus detalles un compuesto de placeres y de dolores, de dichas y de desesperaciones; así que la permanencia constante de la pena en la totalidad de la vida no es dable ni posible; ¿y por qué? Porque aquí es una idea absoluta, y como tal, no cabe en casos concretos y particulares. Cuando habla el hombre (humanidad acaso) en la penúltima y hermosa quintilla, ¿no ha llevado consigo la reminiscencia de ningún goce? No puede ser. Hay un tiempo en todos los infinitos particulares de la vida indefectiblemente señalado para la felicidad, como hay otro para las penas, y esto constituye la sucesión alternada del bien y del mal. El egoísmo nos hace soñar una felicidad perenne, sin reflexionar que pedimos su propia destrucción, porque ¿de dónde nos viene la idea de dicha, sino de la de su opuesto, desgracia? Si es verdad que en toda la escala transmigradora hay dolor, también hay placer; de consiguiente, falta aquí un término absoluto de felicidad superior al que referir el ideal existente en la conciencia como fin de la vida, pues lo contrario es proclamar sin esperanza una desesperación eterna. Por tales razones se colegirá que estos asuntos inmensos, abordados directamente, son un escollo insuperable para el buen éxito; así, pues, opinamos que no están de más estas breves observaciones, que puede muy bien ampliar el lector, cuando el poeta se remonta atrevidamente á las regiones más escabrosas de la filosofía y trata nada menos que de la predestinación universal.

Si no estamos conformes respecto del orden interno de la dolora, en cuanto á la forma no podemos sino alabar el estro, la energía y variedad de tonos, ya fuertes, ya dulces, empleados en las quintillas, y la dicción poética, que hace á algunas, como la 6.^a y 8.^a, tan levantadas y poéticas.

LXIV. — *Las dos tumbas.*

Es verdad: la vida sin una idea, sin ilusión, sin amor, es un sepulcro. Cuando el corazón y la cabeza llegan á cierto estado, no contienen más que el vacío, y tanto monta ser como no ser. Huyendo del uno, se busca asilo en el otro, y como nada hay, se persigue fatigosamente una sombra; porque el hombre entonces no es realidad, sino sombra de realidad. Véase para el contraste la dolora de *Sufrir es vivir*.

LXVI. — *La comedia del saber.*

Cuadro sencillo de los principales sistemas filosóficos de Grecia, en que, bajo la forma dramática, se expone el juego de ideas por las cuales viene luchando, con nuevas integrantes siempre, la humanidad sabia contra la multitud ignorante, para sacarla de la servidumbre y del error, y conducirla por la vía del progreso y del bien hacia mejores fines y felicidad posible, por más que se extravíe en ocasiones, prestándose á ciegas á bastardos intereses, hasta el extremo de pedir la cicuta para Sócrates y la cruz para el Nazareno.

Desde luego notamos que el título es peligroso, y que el

poeta se vale del divino arte de la poesía para ridiculizar, al parecer, las sectas filosóficas. El medio es ya antiguo. La pintura y la escultura le han empleado también. Sin embargo, la humanidad marcha á un destino más perfecto, sin curarse de estos *humorismos* particulares. Nada sentimos tanto como ver el arte y la ciencia al servicio de malas causas, pues sobre no adelantar nada, no se adquiere respetabilidad en la augusta asamblea de los genios que empujan la sociedad hacia fines más rectos. ¡La filosofía una mentira! Pues entonces, ¿por qué van triunfando, si bien lentamente, por esa vereda tortuosa de la vida las más nobles porciones del espíritu humano? La lucha existe, porque es inevitable, dada nuestra naturaleza, y he aquí el drama sobre que gira la historia. Desde el lapón y el esquimal hasta el francés y el español, ¿qué marcha viene siguiendo el hombre? Desde los pueblos autóctonos hasta nuestros días, ¿qué progresos se van realizando? Muchos. ¿Ha sido obstáculo la extravagancia ó el error sincero de algunos filósofos? No. ¿Por qué? Porque la individualidad es la expresión formal de la totalidad, no la expresión esencial; pues aspirando ésta á su mejoramiento indefinido y constante dentro de sus propias condiciones, en vano intentará torcer su curso la idiosincrasia de algunos escritores sometidos á un particularismo pequeño y mezquino, como lo es el individuo con relación al todo.

En cuanto á la cuestión de forma, ya hemos establecido en otra parte nuestra doctrina respecto de las doloras cortas como de las que pudiéramos llamar largas, y repetimos aquí de nuevo que toda obra, para ser perfecta, ha de tener indispensablemente cierta ponderación de formas internas y externas, de las cuales resulte la armonía y la unidad, uno de los grandes fines del arte, para que sea eficaz y obre como tal en nuestra limitada naturaleza. A pesar de estos defectos, se nos preguntará por qué hemos analizado la presente composición, careciendo de las dotes de una verdadera dolora. A lo cual responderemos sin titubear que por lo mismo; pues sólo de este modo pueden señalarse con claridad los peligros en que incurriría todo imitador que quiera seguir esta senda; porque debe tenerse entendido que la filosofía y la erudición *per se* no son el arte, ni cuadros tan extensos guardan las proporciones del género, y por más que se pulan y perfeccionen, las poesías de que se trata serán siempre de arduo empeño y poco fáciles á la memoria.

No simpatizamos con ciertos metros para el estilo elevado; pero notará el lector cuán aficionado es Campoamor á la redondilla, y es preciso convenir en que en este, como en otros pasajes suyos, algunas son bellas, rotundas y hasta grandiosas. Ningún asunto, por severo que sea, le arredra para usarlas, y en general están bien construídas y llenas de nobleza, y exentas del carácter vulgar y coplero que suelen tener.

LXX.—*Los relojes del rey Carlos.*

Es el rey Carlos Primero de España, Quinto emperador á la vez del mismo nombre en Alemania, uno de los hombres más simpáticos de la época del Renacimiento. Cumplido caballero, esforzado é invicto capitán, basta él solo para dar gloria á la vez á un gran pueblo y á un gran siglo. Como persona y como monarca, fuéronle sin duda inferiores cuantos figuraron en su tiempo en aquel vasto teatro de acontecimientos europeos. A sus sentimientos religiosos,

encarnados en el pueblo español, que acababa de sostener, con sin par constancia una lucha de siete siglos en defensa de la fe, se debe el sostén de la gran causa católica, que era entonces el empeño de honor nacional contra poderosos enemigos, que supo Carlos tener siempre á raya, sacando incólume, sobre toda clase de intereses egoístas y comerciales, dos grandes principios, tan culminantes siempre: la autoridad y la unidad.

En este concepto, pues, y otros muchos, ajenos de este lugar, parécenos que el pensamiento fundamental de esta composición falsea algo el carácter de este grande hombre; pues en él, más que en otro alguno, se encuentra la verdadera ponderación entre su cabeza y sus sentimientos, ó entre su corazón y su conciencia: antinomia que sólo es dado resolver á las organizaciones privilegiadas, á los grandes genios de la guerra y de la política, en el arte difícilísimo de gobernar la sociedad. Otros grandes genios han sido más atormentados que Carlos por el dualismo del carácter, funesto siempre para los pueblos.

En cierto modo son también aplicables á la dolora anterior estas observaciones; pero con una diferencia notable. En aquélla se echa de ver un concepto general, de modo que Carlos no es más que el *medium* elegido para exponer el pensamiento de que los grandes hombres tienen flaquezas hasta ridículas á veces. Esta opinión la confirma el título, perfectamente elegido. No están fuera de lugar estas observaciones, porque es ley de perfección que á la belleza externa corresponda la verdad interna, que asimila y vigoriza el mágico poder de la forma.—En esta, ambas son ricas de ingenio y dicción poética, sobre todo la anterior, *Los grandes hombres*, solemne y grave en su exposición y marcha hasta su hermoso final. El móvil escogido para contraste está astutamente elegido, por más que á la primera lectura se quede el lector extrañamente desconcertado.

LXXI.—*Lo que hace el tiempo.*

Lindas son estas coplas, dedicadas á Blanca Rosa, hermoso nombre, que convida á unas variaciones sobre el inagotable tema del amor. El poeta aquí, sin plan preconcebido, arrebatado ante la contemplación de la vida y el amor en sus mutuas relaciones, se entrega á la espontaneidad poética del sentimiento, y por todas partes fluye la inspiración, la belleza, la dulzura y la suavidad. Sin embargo, no se crea que autorizamos con esto algunos conceptos, que pecan de oscuros ó alambicados, y estrofas que, comparadas con otras de esta hermosa poesía, carecen de dicción poética y corrección suficiente. No sabemos, por último, si Blanca Rosa habrá quedado satisfecha con la lectura de esta dolora, que deja en el alma un sabor triste y amargo.

LXXIV.—*La historia de Augusto.*

Ni el título ni el asunto están bien escogidos. Si se tratara de una falta particular del hombre, pase; pero pretender que esta dolora determine el carácter general de este personaje, no puede ser. No vemos, pues, aquí más que una sátira política, sangrienta, contra quien gobernó sabiamente, con especial juicio y cordura, casi medio siglo, ciento cuarenta millones de súbditos; que fundó el poder civil en Roma sobre el insostenible militarismo de su siglo, y

echó las bases de una administración inteligente; que moderó harto las rapiñas de los procónsules y gobernadores de la ya corrompida república; que puso término á las sangrientas matanzas, comenzadas en tiempo de Mario y Sila. Hombre débil, enfermizo, apocado y hasta tímido, mal podía ser un tirano salteador de la libertad romana, él, que no alcanzó el poder precedido de la gloria militar. Y mal podía ser un tirano, en el rigor de la palabra, quien no tenía más recursos que los del carácter y la inteligencia para mantener á devoción suya generales, literatos, artistas y poetas insignes, como Virgilio y Horacio, por quienes la lengua latina no perecerá jamás. Por sus cualidades en el gobierno y artes de la paz dió nombre á su siglo, y la apoteosis de su persona, hecha, según aquí se da á entender, por los aduladores de su tiempo, fué ampliamente confirmada por toda la posteridad hasta nuestros días. Ciegas y vengativas pasiones políticas, ponen en duda, por razones de hoy, el mérito de entonces. El poeta es aquí intérprete de una escuela histórica que peca siempre de parcial é injusta. Si Augusto ha sido astuto, sagaz y ladino, que bien lo había menester en su época, eso mismo prueba que su dominación no estaba fundada sobre la fuerza bruta de los ejércitos, á los cuales tenía, sino sobre los recursos de su propia inteligencia, dotes de carácter y amor de los pueblos, que le protegían contra las decisiones de aquel senado egoísta y duro. Sin ir más allá, la inscripción de Ancyra basta para colocar á Augusto entre los bienhechores de la humanidad.—Como el arte sirve á la historia y ésta al arte, creemos de toda oportunidad estas reflexiones, puesto que una poesía lanzada por un gran poeta es muchas veces más mortífera que un libro, y es deber del crítico procurar que una cosa tan bella como es la poesía no destruya ó rebaje lo grande, lo noble y lo digno.—Ovidio será siempre simpático á la posteridad, porque se ignora la verdadera causa de su infortunio; pero ya sea un castigo político ó civil por una falta privada cometida en el seno de la familia de Augusto, cierto es que por un hecho particular del hombre no se puede condenar toda su razón de Estado. Y poderosa debió ser una ú otra, pues ni Tiberio, sucesor de Augusto, le alzó el destierro, impetrado por los amigos del poeta.

Si Campoamor toma aquí la acalorada defensa de un compañero, abogando por la independencia del escritor, en su concepto inocente, contra una disposición tiránica del poder, no es causa bastante para rebajar á Augusto á la clase de mero histrión, y perseguirle hasta el borde de la tumba, suponiendo aquella cínica pregunta á sus cortesanos al tiempo de morir.

LXXV.—*Antinomias del genio.*

Esta dolora, como la de *Los relojes del rey Carlos* y *Los grandes hombres*, pertenece á un género que el poeta explota con feliz éxito. No es de este lugar discutir si hay exactitud en los personajes retratados; la posibilidad es suficiente, y si no son estas las manías ó los caprichos, pueden serlo otros quizá más ridículos, porque la tesis se evidencia por sí misma de que los grandes hombres adolecen, como los demás, de debilidades y extravagancias á veces. Este género, de bastante novedad por cierto en la manera de exponerle el poeta, tiene mucho atractivo sin duda; pero, como toda sátira, es ocasionado á riesgos, pues que intenta rebajar por medio del ridículo las grandes figuras de la historia al nivel del vulgo; atentado que cometen, en su ceguedad, las pasiones políticas, y á veces el arte, con gran pesar

nuestro; porque hacemos de él un culto, puesto que, después de la religión, es lo que más consuelo nos presta en las tristezas de la vida real. La exposición y narración están ejecutadas con sencillez, gracia y nervio. Se rivaliza aquí en fáciles redondillas con los buenos romances. Hay expresiones felices, como la de *aquel* sombrero y gabán ceniciento que todos conocemos.

LXXVI.—*Las doloras.*

Bajo este epígrafe el poeta trata de explicar á una dama distinguida su vida y su conducta en las composiciones llamadas *Doloras*. Los desengaños de amor y el hastío de la vida son objeto de esta composición, y es singular que el poeta se haya olvidado de que en esta forma de poesía ha tratado muchas veces con feliz éxito levantados asuntos de filosofía, de religión, de historia, etc.; asuntos que no pesan menos que las composiciones eróticas en la balanza del mérito. Discreta reserva quizá, no hablar á una señora sino de los negocios de su casa, el corazón, que tan bien comprenden las mujeres. En ésta, como en la otra dedicada á Blanca Rosa, ha hecho revivir Campoamor con feliz éxito las antiguas coplas del arte de Castilla, medio olvidadas desde los tiempos de Jorge Manrique, en las celebradas y de todos conocidas á la muerte de su padre el Condestable, que tanto caracterizan el verdadero arte nacional, y tan superiores son en vigor y otras calidades á sus rivales, las lemosinas, tan ponderadas y de moda hoy entre los vates catalanes.

LXXVII.—*La gran Babel.*

Esta composición es digna de un estudio muy meditado bajo cualquier aspecto que se la considere. Su ideal fundamental es sorprendente, y parece como desgajada del gran libro del *Apocalipsis*, no remontándose á menor altura con medios más sencillos de forma y de exposición. Cuanto puede alcanzarse sin esfuerzo, sin tortura, sin violencia de algún género, está conseguido aquí con una sencillez encantadora.—Dos sonidos indeterminados expresan el aniquilamiento total en el tiempo de toda gloria humana, y cómo ante el ir y venir de los siglos irán pereciendo los hombres, las civilizaciones, las razas, las lenguas y todo el vasto concierto de las civilizaciones ante Dios, autor y creador de todas las cosas. Con el gracioso episodio de dos pájaros, se expone idea tan grande con toda la singularidad, gracia y novedad que sabe imprimir este poeta á la mayoría de sus cuadros.—¡Qué valiente es la parte IV, en la cual dice á Rafael que perecerá la lengua en que expresa sus inspiraciones, y que Dios comienza donde todo acaba!—Persona ilustrada, apasionado por la literatura, D. Rafael Cabezas, subsecretario del ministerio de Hacienda, y que sabe descansar de las rudas tareas de su cargo con los solaces de la poesía y de los estudios amenos, puede apreciar el mérito y las bellezas que tanto abundan en *La gran Babel*; bellezas que durarán larga fecha, pues nos parece muy remoto aún el tiempo en que la rica habla de Castilla

*de por fin en tarará,
ó remate en tururú.*

LXXIX.—*Los dos cetros.*

Fray Luis de León, en su inmortal *Profecía del Tajo*, dejó al último Rey de la monarquía goda vencido en Guadalete y bajo el peso de una acusación terrible. — Campoamor, con gran nobleza de sentimientos, no menciona la falta particular del Monarca: se remonta á mayor altura, y considerando la naturaleza humana, prorrumpe:

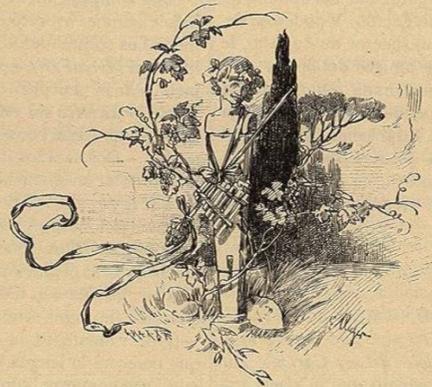
*Y á los que amengüen su gloria
les ruego que hagan memoria,
que hay manchas hasta en el sol.*

Las causas que condujeron á la nación goda á su ruina no están aún muy claras; pero, ya fuesen de larga fecha unas, ya particulares del Rey otras, lo cierto es que la defensa del esforzado cuanto infortunado Rodrigo en aquella memorable catástrofe, que nos costó siete siglos de sangre, no se ha hecho hasta hoy con mayor elevación de juicio y

de sentimiento. — Fr. Luis de León pintó un gran castigo; Campoamor un gran remordimiento.

Composición es esta muy agradable. Pertenece al género legendario, en el cual es tan rica nuestra lengua en el romance, su genuina forma; y sin embargo, estando esta dolosa escrita en quintillas, no es inferior á ninguna en narración, sencillez, naturalidad y precisión. El asunto ó invención de esta poesía es peregrino, la exposición seductora, y el artificio lleno de ingenio y muy simpático. La dedicatoria al Príncipe de Asturias, dignísima, solemne y llena de filosofía cristiana. ¡Qué contraste entre el Rey de cetro de oro y el Rey de cetro de caña! ¡Qué disyuntiva tan terrible para quien ha de llevar una corona! ¡Qué problema sobre la felicidad humana! — Mucho diríamos si hubiéramos de extendernos sobre esta hermosa dedicatoria, cuyas magistrales advertencias no puede comprender hoy, en su hermosa edad, nuestro querido Príncipe, á cuyos regios oídos no llegarán quizás nunca más nobles y levantados acentos.

Terminado queda este trabajo. Por él habrá visto el lector nuestra imparcialidad y formado su juicio sobre el mérito del poeta, uno de los primeros en la brillante pléyade de nuestros contemporáneos, y el que más popularidad ha conseguido quizá en todas las clases sociales: prueba inequívoca de sus facultades, y de que supo agradar, por la instrucción y el buen gusto á las clases cultas y elevadas, por el sentimiento á los que sufren, por el ingenio y la gracia á las damas y gentes de buen humor, por los refranes, sentencias y estribillos al pueblo, y por sus condiciones poéticas á todos. Si estas notas han servido de alguna utilidad, nos damos por muy satisfechos, como superior recompensa á su corto mérito; de lo contrario, morirán, si esto fuera posible, acompañando á un libro á quien aguardan largas edades, como sinceramente creemos, y por afecto y amistad personal hacia su autor deseamos.



CANTARES



1

La amo tanto, á mi pesar,
que, aunque yo vuelva á nacer,
la he de volver á querer
aunque me vuelva á matar.

2

Desde que perdí el encanto
de mi primera pasión,
no he entrado en mi corazón
por no morir de espanto.

3

No esperes que una mudanza
me dé la tranquilidad;
que amo en tí más la esperanza,
que en otras la realidad.

4

Si hago al juicio una llamada,
me responde el corazón
que si hay juicio no hay pasión,
y si no hay pasión no hay nada.

5

Como no vives tú en mí
vivo en tí, mas no contigo;
y hasta nó vivo conmigo,
como vivo sólo en tí.

6

Está tu imagen, que admiro,
tan pegada á mi deseo,
que si al espejo me miro,
en vez de verme, te veo.

7

Perdí media vida mía
por cierto placer fatal,
y la otra media daría
por otro placer igual.

8

Más cerca de mí te siento
cuanto más huyo de tí,
pues tu imagen es en mí
sombra de mi pensamiento.

9

Sueño ó vele, no hay respiro
para mi ardiente deseo,
pues sueño cuando te miro,
y cuando sueño te veo.

10

Prometo que te he de amar,
pero me has de prometer
que sólo me has de engañar
si me dejas de querer.